PLATICA IX.

SOBRE EL NOMBRE DE CRISTIANO.

Nec enim aliud nomen est sub cœlo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri.

No se ha dado á los hombres otro nombre debajo del cielo por el cual debamos salvarnos.

Hechos de los Apóst., cap. 4, v. XII.

Cristianos: ¡Qué nombre es este tan consolador! El nos recuerda lo que en un tiempo fué el hombre, y nos patentiza lo que ahora es, ó al menos lo que puede ser. Tiempo hubo en que fué enemigo de Dios, hijo de ira, y sujeto á la esclavitud del demonio con destino de ser fomento de inestinguibles y eternas llamas; y ahora puede ser hijo del mismo Dios y heredero de su gloria. ¡Qué dicha tan grande la nuestra, mis amados! ¡Bendita sea para siempre la misericordia de nuestro Dios! Sí: tendiamos la vista en derredor nuestro y comprendiamos que un Señor sin igual habia indefectiblemente presidido á esta grande obra, y criado todas las bellezas que encierra en sí. Notábamos tambien que todos los hombres distinguian el mal del bien; y que todos oian el grito de su conciencia; esperimentando *en su virtud* agitaciones y terribles remordimientos cuando se entregaban á ciertos escesos. Reflexionábamos sobre nosotros mis-

mos y nos convenciamos que nuestra alma debia ser inmortal. Queriamos conocer á Dios y nos persuadiamos bien pronto que era el conjunto de todas las perfecciones en grado infinito, publicándolo así los cielos y la tierra. Discurriamos sobre este infalible principio y desde luego deduciamos que no podia menos de amar la libertad y aborrecer al vicio, y por consiguiente premiar al virtuoso, y castigar al delincuente, por exigirlo así la justicia, de cuya virtud le contemplábamos necesariamente adornado. El convencimiento íntimo de estas verdades independientes de toda educacion, *digan lo que quieran los incrédulos*, nos patentizaba á la vez nuestros deberes para con Dios, para con nuestros prójimos y para con nosotros mismos: empero las contradicciones que en nosotros observamos, sintiéndonos inclinados á hacer lo mismo que queremos no ejecutar, nos llenaba de confusion, y no sabiamos como llenar con acierto las obligaciones con que nos veiamos ligados. Consultábamos á las naciones, y en lo general no hallábamos mas que hombres débiles é ignorantes, entregados á mil estravagancias, que la misma razon natural rechazaba. Levantábamos los ojos al cielo implorando un rayo de luz para salir de este caos: para ver siquiera el sendero que la Bondad Divina nos marcara para llegar á un término feliz; y con efecto, vino la luz del cielo. La religion hebrea es la mejor prueba de esta verdad. Ella nos dice que hay un Ser Supremo, infinitamente poderoso, á quien todo está sometido: nos enseña tambien que este mismo Dios nos crió para ser siempre felices, que nuestros primeros padres salieron graciosísimos de las manos del Señor, pero que voluntariamente enlodaron y afearon con el pecado esta grande obra del Criador, con detrimento propio y de su descendencia. Y nos dice ademas; que Dios en sus misericordias, compadeciéndose del humano linaje, se propuso enviar un Mesías para repararle y salvarle. Y añade, que ella misma aunque religion emanada de Dios, deberia cesar y acabarse tal cual era, para transformarse en una mas santa y perfecta. El libro que tan sublimes verdades contiene está sostenido por un sin número de milagros ejecutados á la faz del mundo entero, reconocidos y confesados por los mismos que mas interesados estaban en negarlos. Apóyanle tambien multitud de profetas, cuyas predicciones se han cumplido con la mayor exactitud, y todas las que se refieren al Mesías prometido se han realizado clara y distintamente en Jesucristo, fundador de la religion cristiana, del que trae orígen el nombre de cristiano. Nombre *á la verdad* que no se ha dado á los hombres otro debajo del cielo, por el cual debamos salvarnos: y ved ya descubierto todo el plan de este discurso. Continuad con atencion:

Es constante, católicos, que como los profetas del Señor, *de cuya veracidad no se dudaba entre los judíos* habian anunciado muchos siglos hacia un nuevo imperio que se estenderia por toda la tierra, marcando á la vez que lo anunciaban el tiempo y las señales del Gran Rey; se esperaba con ansia por toda la nacion hebrea este tan notable acontecimiento, y tanto mas, cuanto que de todos era sabido que el tiempo era ya llegado. Nació con efecto Jesucristo, el Hijo del Eterno Padre en Belen, de una Vírgen de la tribu de Judá que se llamaba María, reinando á la sazon Augusto, á los cuatro mil años de la creacion del mundo, *poco mas ó menos*, mil despues de la dedicacion del templo, setecientos cincuenta y cuatro de la fundacion de Roma, treinta y siete del reinado de Herodes, y treinta y nueve del indicado emperador Augusto.

Luego que nació Jesucristo, entre las maravillas que ocurrieron, fué la de tres príncipes que guiados por una estrella estraordinaria, y procedentes de muy remotas tierras, llegaron á Jerusalen escitando la atencion de todos sus moradores, ya con su porte, ya con sus modales, y mas que todo por el objeto de su viaje que no ocultaban, y era el de adorar al Gran Rey recien nacido. Como en Jerusalen no estaba, pasaron á Belen y pararon en donde la estrella paró, que fué sobre un desmantelado portal en el que entraron y adoraron al bendito Niño á pesar del estado pobre y humilde en que le hallaron, y le ofrecieron sus dones.

Los judíos arrastrados *en su generalidad* de miras propiamente mundanas, se habian figurado que el anunciado Mesías apareceria en medio de un aparato magnífico, y que hallarian en él un conquistador estraordinario, que restableceria por la fuerza de las armas el reino de Israel, elevándole á su antiguo esplendor, *por lo menos*, llenando á la vez de plata y oro á todos los israelitas. Pero Dios, cuyos pensamientos y juicios son inescrutables, lo dispuso de otro modo que los judíos *vanamente, y sin atender al sentido de las profecías* pensáran. Quiso el Eterno que su muy amado y Unico Hijo naciese en la pobreza y humillacion. La magnificencia y visible grandeza que el hombre mundano estima en tanto, no eran dignas de aquel Señor, cuyo trono es el cielo, y la tierra peana de sus pies.

Chasqueados los judíos en sus necias ilusiones no quisieron reconocer por Mesías al Hijo de la Santísima Vírgen: se declararon enemigos suyos y á pesar de los signos inequívocos de ser Jesucristo el deseado de las gentes, el Padre del siglo futuro, y el Príncipe de la paz como anunció Isaías, se obstinaron mas y mas en su malicia, y no pararon hasta que le hicieron morir afrentosamente en una cruz, sirviendo así ellos mismos, *sin advertirlo, pero sin dejar de ser culpables*, á los designios de Dios,

quien mandó á su propio Hijo para morir por el hombre. Así es que Jesucristo nació, vivió y murió como estaba predicho tantos siglos antes, que habia de nacer, vivir y morir el Mesías, ó sea el Redentor del mundo.

Digo que los judíos, ciegos de malicia no dejaron de ser culpables por mas que anunciado estuviera el modo y circunstancias de la muerte de nuestro Redentor; porque Dios para quien no hay tiempos, siempre vió la predisposicion infernal de los judíos, y por medio de los profetas nos la anunció, así como tambien nos reveló por los mismos, el castigo que sobrevendria á la judáica nacion por esta causa. Castigo de que en el dia somos nosotros testigos, pues vemos á los judíos como los vieron nuestros antepasados, errantes por el mundo, siendo el ludibrio y el desprecio de las gentes, sin poderse reunir para formar un pueblo y vivir segun la antigua ley.

Protéjanles cuanto quieran los reyes y emperadores impíos como lo han hecho, para falsear si pudieran esta profecía del antiguo y nuevo Testamento, pero tengan entendido los que tal intentaran, que no conseguirán mas que lo que consiguieron, entre otros muchos, Juliano Apóstata, y recientemente Napoleon. Sí: este genio turbulento, azote de la Europa, y cuya desmedida ambicion aspiraba nada menos que á hacerse el único Señor del universo, congregó á los judíos, les concedió los derechos civiles, y en 17 de julio de 1808 se declaró su protector, autorizándoles para vivir segun sus leyes, y para que tuvieran tribunales propios: pero desde el momento *en que tan abiertamente se manifestó contrario á la única religion verdadera que hay sobre la tierra*, comenzó á esperimentar el admirable modo con que la Divina Providencia se burla cuando quiere de los designios de los hombres que temerariamente se oponen á sus adorables decretos. Efectivamente: perdido todo el prestigio que habian inspirado sus anteriores proezas; oscurecida su gloria, y marchitados los laureles que habia tomado en los campos de batalla, fué rodando de desgracia en desgracia, hasta armar contra sí á las naciones insultadas y holladas por él mismo, las que por fin derrocaron para siempre á este soberbio coloso, quien acabó su triste existencia en una isla remota, abandonado de los suyos, hecho el objeto de la execracion universal, dejando á los judíos en su dispersion y vilipendio comun, como los vemos, y delegando á las generaciones venideras un nuevo testimonio de que no hay consejo, no hay prudencia ni sabiduría sobre la tierra que pueda evitar el cumplimiento de lo decretado por Dios.

Tal fué, mis amados, el desastroso fin que tuvo el tan decantado Capitan del siglo. «Yo, *dijo el Señor por Jeremías* (1), á este pueblo le daré

(1) *Cap.* 9, *v.* XV *y* XVI.

agenjos para comida, y para bebida agua de hiel: y los desparramaré por entre naciones que no conocieron ni ellos ni sus padres, y enviaré tras ellos la espada, hasta tanto que sean consumidos, esto es, hasta que llegue el dia en que desprendiéndose de sus ojos la venda que ahora les cubre, vean claramente la luz refulgente de la religion cristiana, y depuestos y arrepentidos de sus pecados formen todos un pueblo bendito. ¡Pluguiera al cielo que así cuanto antes suceda! Sí, mis amados, es de fé que los judíos no volverán á reunirse para vivir segun la ley antigua, figurando una nacion independiente, pero es de fé tambien que los judíos, depuesto su nombre antiguo y religion, abrazarán la nuestra y gozarán por consiguiente de las escelencias propias solamente del nombre Cristiano.

Nombre verdaderamente celestial y que envuelve en sí la dignidad mayor del hombre (1) y el título de que mas debe gloriarse. Si no es cristiano, importa poco que sea rico, que sea noble ó que sea rey. Todos estos títulos son humanos. Solo ser cristiano dá al hombre un título divino, por que le hace hijo de Dios y heredero de su gloria. Pero esta dignidad incomparable no la adquirimos por nuestros méritos, ni por los de nuestros padres ó ascendientes, sino por la gracia de Dios; esto es, por un favor inestimable que Dios ha querido hacernos. Nosotros nacimos en pecado como los demas hombres, y por consiguiente estábamos tan perdidos como ellos; pero el Señor, dejando á los demas en su estado de perdicion, echó una ojeada de misericordia y nos llamó á ser cristianos. ¡Qué agradecimiento podrá ser correspondiente á este beneficio! Ah! Los dias de nuestra vida nunca serán demasiados para dar gracias á Dios porque nos ha hecho cristianos.» Este bendito nombre tiene su origen de Cristo nuestro Señor, y por medio de tan augusto nombre *del que usaron los discípulos del Señor* desde el principio de la Iglesia, manifestamos que somos hombres de Cristo; esto es, que tenemos la fé de Jesucristo, de la que hemos hecho profesion cuando recibimos el Bautismo, y en virtud de ella estamos ofrecidos á su santo servicio.

Así es, mis amados. «El cristiano (2) es un discípulo de Jesucristo, que profesa su fé y su doctrina, y está ofrecido á servirle toda su vida: es un hombre que sobre la pila del Bautismo, en presencia de los altares, y á vista de los ángeles, ha hecho las mas absolutas renuncias, y las mas solemnes promesas. Allí á renunciado á Satanás, protestando que jamás le obedecerá ni condescenderá con sus malignas sugestiones. Ha renunciado á todas sus obras que son los pecados, y todo lo que provoca

(1) *Mazo cat. esp.*, *fol.* 1.
(2) *Ibid.*, *fol.* 2.

cometerlos; y á todas sus pompas que son aquellas cosas que fomentan el orgullo y la soberbia. Sobre aquella pila sagrada ha prometido vivir unido á Jesucristo, creyendo, confesando y practicando su celestial doctrina. Ha prometido amar á Dios sobre todos y á su prójimo como á sí mismo. Ha prometido guardar los mandamientos de Dios y de la Iglesia y practicar las virtudes cristianas.» Todo esto está significado en el nombre de cristiano. Ved, pues, ahora, católicos, si con fundamento podremos decir con David (1). «Te alabaré, Señor, con todo mi corazon. En presencia de los ángeles te cantaré himnos, y tributaré alabanzas á tu Nombre, por la misericordia y verdad de *tus promesas*, con que has engrandecido sobre todas las cosas tu Nombre santo. Engrandeced su santo Nombre (nos dice El Eclesiástico) (2), y alabadle con la voz de vuestros lábios, y con cánticos *que articule* vuestra lengua, y al son de las cítaras, y direis así en loor suyo: todas las obras del Señor son en estremo buenas.» Demos, pues, mis amados, gracias al Señor é invoquemos su santo Nombre como nos encarga Isaias (3), y anunciemos á todas las gentes sus designios, acordándonos que es escelso su nombre,» y esta escelencia nos la patentiza el nombre de cristiano conque nos honramos. Correspondan nuestras obras á nombre tan santo; y no olvidemos que El Señor (4) de los ejércitos ha dado sus órdenes; y los instrumentos de su ira *vienen* para dejar desierta la tierra. Mirad, *dice el mismo profeta* (5), que va á llegar el dia del Señor, dia horroroso y lleno de indignacion, y de ira y de furor, para convertir en un desierto la tierra, y borrar de ella á los pecadores. Porque las mas resplandecientes estrellas del cielo no despedirán la luz acostumbrada: se oscurecerá el sol al nacer, y la luna no alumbrará con su luz. Y castigaré, *dice el Señor*, la tierra por sus maldades, y á los impios por su iniquidad, y pondré fin á la soberbia de los infieles y abatiré la arrogancia de los fuertes. Ni es solo en los libros de la ley antigua donde se nos avisa que estemos preparados para cuando llege el dia de la ira de Dios; San Lucas en su Evangelio al *cap.* 21, nos dice terminantemente..... *(aquí, el orador si lo creyere oportuno y el dia lo exigiera, podrá anunciar el Evangelio que precede á la plática; y si no continuar de este modo)* las señales que han de indicar la proximidad de tan terrible dia.

(1) *Salmo CXXXVII; v. I y sig.*
(2) *Cap.* 39, *v. XX y XXI.*
(3) *Cap.* 12, *v. IV.*
(4) *Ibid., cap.* 13, *v. IV y V.*
(5) *Ibid., vv. IX X y XI.*

¡Ojala, hermanos mios, que no seamos comprendidos en la terrible amenaza que el Señor fulmina contra los que pudiendo salvarse no lo han hecho, por querer mas satisfacer sus insensatos antojos, que cumplir con lo ordenado por Dios en su santísima Ley. Sabed, *dice el Señor á los malvados* (1), que mis siervos comerán, y vosotros padecereis hambre: mis siervos beberán, y vosotros padecereis sed: mis siervos se regocijarán y vosotros estareis avergonzados: y sabed, *en fin*, que mis siervos á impulsos del júbilo de su corazon, entonarán himnos de alabanza, y vosotros por el dolor *que padecerá vuestro* corazon alzareis el grito, y os hará dar ahullidos la afliccion de animo. Y dejareis cubierto de execracion vuestro nombre á mis escogidos. ¡No, Dios mio! Contando, como contamos, con vuestra gracia, procuraremos conservarle siempre puro y como vos, Señor, lo deseeis.

Cristianos: cumplamos con exactitud esta palabra que damos á nuestro Dios, y que reclama el mismo nombre glorioso con que nos distinguimos de las demas gentes que no corresponden al gremio de la santa Iglesia Católica, Apostólico-Romana. San Pablo en su epístola á los colonenses (2), marca á todos los fieles lo que deben hacer para agradar al Señor. He aquí lo que nos dice: «La palabra de Cristo, *ó su doctrina* en abundancia, tenga su morada entre vosotros, con toda sabiduría, enseñándoos y animándoos unos á otros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando de corazon con gracia *ó edificacion* las alabanzas á Dios. Todo cuanto haceis, sea de palabra ó de obra, hacedlo en nombre de nuestro Señor Jesucristo *y á gloria suya* dando por medio de él gracias á Dios Padre. Mujeres, estad sujetas á los maridos, como es debido, en *todo lo que sea conforme con la ley de* el Señor. Maridos, amad á vuestras mujeres, y no las trateis con aspereza. Hijos, obedeced á vuestros padres en todo; porque esto es agradable al Señor. Padres, no provoqueis á ira, *ó no irriteis* á vuestros hijos *con escesiva severidad* para que no se hagan pusilánimes *ó apocados*. Siervos, obedeced en todo á vuestros amos temporales, no sirviéndoles solo mientras tienen la vista sobre vosotros, *como si no tuvieseis* mas que complacer á los hombres, siendo así que debeis hacerlo por temor á Dios, y *por consiguiente* con sencillez de corazon. Todo lo que hagais, hacedlo de buena gana como quien sirve á Dios y no á los hombres; sabiendo que recibireis del Señor

(8) *Isai., cap* 65, *vv. XIII XIV y XV.*
(9) *Cap.* 3, *vv. XVI y sig.*

la herencia *del cielo* por galardon *ó salario*; pues á Cristo, nuestro Señor es á quien servis, *en la persona de vuestros amos*. Ved ya, mis amados, descubierto el sendero que conduce á la vida eterna, marchemos por él sin inclinarnos á derecha ni á izquierda, escudados con el nombre que recibimos en el santo Bautismo, y hallaremos francas las puertas del cielo en donde nos veamos para alabar á Dios eternamente. *Amen.*

DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO.

El Evangelio de este dia es el del capítulo 11 de san Mateo, y dice así:

En el fin del mundo habrá grandes señales en el sol, en la luna y en las estrellas; y en la tierra estarán consternadas y atónitas las gentes por el estruendo del mar y de las olas: secándose los hombres de temor y de sobresalto por las cosas que han de sobrevenir á todo el universo: porque las virtudes de los cielos ó *esferas celestes* estarán bambaleando. Y entonces será cuando verán al Hijo del hombre venir sobre una nube con grande poder y magestad. Como quiera, vosotros *fieles discípulos mios* al ver que comienzan á suceder estas cosas, abrid los ojos y alzad la cabeza, *estad de buen ánimo* porque vuestra redencion se acerca. Y propúsoles esta comparacion: Reparad en la higuera y en los demas árboles: cuando ya empieza á brotar de sí el fruto conoceis que está cerca el verano. Así tambien vosotros, en viendo la ejecucion de estas cosas; entended que el reino de Dios está cerca, os empeño mi palabra que no se acabará esta generacion del mundo hasta que todo lo dicho se cumpla. El cielo y la tierra se mudarán, pero mis palabras no faltarán.